



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 37.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 10 DE SETIEMBRE DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA.



un amigo mio encontré hace pocos dias y me encargó que no hablase en las *Revistas* de cólera, porque su mujer era muy aprensiva; se lo ofrecí y por lo tanto no quiero decir nada de la enfermedad sospechosa, como la denomina con mucha gracia un periódico, que sin duda ha prometido como yo, ni aun estampar su nombre verdadero. Cumpliendo, pues, la palabra empeñada no quiero decirlo que aun sigue en algunos puntos de España. Las malas noticias que os las den otros.

Mucho mas cuando no es el cólera lo que llama preferentemente la atencion del mundo europeo. Al Occidente se le ha indigestado el tratado de Ganstein; al Norte la entrevista cordial de las escuadras francesas é inglesas.

El *Moniteur* en un arranque de despecho asegura que la situación de Europa es triste y precaria: que no existe derecho público: que por el tratado de Ganstein los pueblos se han enagenado como viles rebaños y que ya todo es cuestion de astucia, fuerza y utilidad.

Teniendo en cuenta que quien habla en el *Moniteur* es Napoleon, puede medirse la importancia de estas palabras.

Lo que es los ingleses no digamos si lo han llevado á mal! Y no es porque en el convenio de Ganstein se haya decretado que el puerto de Kiel será puerto federal, y que se procederá á la formacion de una armada germánica, no; Inglaterra siempre ha procurado el

bien de los pueblos y el desarrollo de las marinas extranjeras: es simplemente por la injusticia que se ha cometido con Dinamarca, que le parece tan irritante que exclama: «Si Francia estiende sus fronteras hasta el Rhin, Prusia no tendrá derecho de quejarse.» Me parece que Prusia está muy tranquila por ese lado.

Pero el resultado de todo esto es que mientras austriacos y prusianos, prescindiendo de sus rivalidades germánicas, forman estrecha alianza que procuran estender á la Rusia; los ingleses y franceses reunen sus escuadras y estos van á Portsmouth á devolver la visita que los britanos les hicieron en Cherbourg y recuerdan aquellos que, á pesar de que Lord Chatam decia: *La confianza es planta que crece lentamente*; la confianza entre ambas naciones ha crecido ya hasta el punto de convertirse en árbol gigantesco para la felicidad del género humano; *for happiness of all mankind*. Ya se ha realizado, pues, añaden entusiasmados, el pensamiento de Napoleon I que decia: *Unidas Francia é Inglaterra, mandarán en el mundo*. En fin, tanto es el miedo á la alianza del Norte, que un periódico inglés cuenta con efusion: que el *Real Victoria* enarbó la bandera francesa: que no duda que á la estatua de Guillermo III el rey antigalicano se le hayan vuelto los cabellos blancos en una noche execrando el acto del *Real Victoria*, y que parejas con las inscripciones de *Aquí cayó Nelson: Aquí murió Nelson*, deberán esculpirse: *Aquí el duque de Somerset, primer Lord del Almirantazgo inglés, encontró al marqués de Chasse loupbat, ministro de la marina imperial francesa; y aquí el almirante Sir Sidney Colpoys Dacres, estrechó la mano del almirante Bouet-Villaumez*.

¡Miedo, lectores, mucho miedo! ¡Ay! ¡Cuán cierto es que manos pesa el hombre que quisiera ver quemadas!

Parece que en la entrevista de su magestad con el emperador llevarán la galantería recíproca hasta el punto de que en la conversacion, éste usará el lenguaje español y nuestra reina el lenguaje francés. Si la entrevista es en San Sebastian, el campamento de Zarauz, de que damos un grabado en este número, se levantará inmediatamente.

Mientras en Europa son, como vemos, cordialísimas las alianzas entre los soberanos, en América hay peleas y discordias en todas partes. El Brasil continúa la guerra con el Paraguay llevando la mejor parte: en el Perú la rebelion lucha con el presidente y le su-

cede lo que al Brasil con el Paraguay. Verdad que acaba de aparecer otro Liborio romano: el embajador peruano en Chile, que se habia embarcado para Valparaíso; se ha pasado con el buque de guerra *Union* á los insurgentes, que le han conferido al punto el mando de la escuadra! ¡Deplorable ejemplo de traicion! ¡Desgraciados paises donde existen hombres tan villanos!

No hay guerra en los Estados-Unidos; pero no hay paz; si por paz se entiende aquel pacífico entregarse los ciudadanos á sus ocupaciones habituales, sin temer el dia de mañana.

Las medidas de los Estados del Norte contra los vendidos del Sur, no son á propósito para que olviden estos. En Charleston se ha proclamado la previa censura, disposicion que choca con las costumbres, las ideas y los derechos de los anglo americanos.

En Móbila se ha publicado bando amenazando con la prision á todos los negros que se encuentren por las calles despues de las nueve de la noche; declarándose al mismo tiempo que su testimonio no sirve judicialmente en causas formadas á los blancos.

Quizá estas medidas las aconseje la esperiencia; pero desagrada el que se proclame en alta voz la emancipacion absoluta de los negros, su igualdad con los demás ciudadanos; y luego se establezcan clases, ó por mejor decir, castas que impidan la fusion de unos y otros en una masa comun, encontrándose dos Estados en uno.

Asi es que á pesar de haberse puesto en Nueva-Orleans doscientas treinta escuelas de negros á las que acuden quince mil niños y cinco mil adultos, la repulsion de las razas permanecen en pie y las venganzas sociales se suceden sin intermision: en Richmond acaban de incendiar otros almacenes del estado, habiéndose perdido además propiedades particulares en valor de dos millones.

De esta inseguridad nace el malestar de aquella nacion, y el que las quiebras se generalicen y arrastren tras sí á millares de propietarios honrados, que tenian depositados sus pequeños capitales en las grandes casas de comercio. Esta vez le toca el turno á la casa Kitchum que presenta un pasivo de 100,000 millones.

La guerra concluida y en la que, segun datos oficiales; y no contando con los 160,000 confederados rendidos ultimamente por capitulacion habian sido capturados por los federales 300,000; producirá por largo tiempo desastrosos efectos en los Estados-Unidos y pa-

ralizará ó retardará por muchos años su constante progreso. ¡Lástima! porque solo en Nueva-Yorck, han desembarcado desde el año 47, mas de tres millones de emigrados; que al paso que aumentaban la población, refrescaban la industria con sus conocimientos, la agricultura con sus brazos; la riqueza pública con sus capitales.

Pero en fin, que se arreglen como puedan ó como quieran, que yo lo siento, sí; pero no puedo llorar, ni me parece que es época para entristecerse por los males ajenos, cuando tantos tenemos propios.

Hablemos pues de otra cosa: segun asegura la *Correspondencia*, que leo con singular fruición, para cubrir las bajas del ejército pontificio, se necesita una fuerza que no llega á 3,000 escudos.

Apreciar á los hombres por lo que tienen ya lo hacen los Anglo-americanos cuando dicen: ¡ha muerto Mr. Polk que valia 100,000 dollars! pero cubrir las bajas de un ejército con tantos escudos como hombres faltan, quedaba para el ingenio de nuestros periódicos. Y me alegro de que esta noticia se haya publicado ahora; porque así la preciosa novela en verso (segun dicen) que está escribiendo don Antonio Arnao, en lugar de *El caudillo de los ciento á secas*, podrá titularse *El caudillo de los cien escudos*.

Si fuese de los 500 francos podría crearse alusión á Abdelkader, que gasta esto diariamente en París; sin perjuicio del viajillo á Inglaterra de cuatro días en que se ha comido 12,000. Por supuesto que todo lo paga la Francia ahora: quien lo pagará despues serán los Arabes independientes de la Argelia, y segun algunos el Emperador de Marruecos. La verdad es que no cantaba mal el que cantaba

No me digas toma, toma,
Ni tampoco dame, dame;
Que quien toma, á dar se obliga
Y yo no quiero obligarme...

Ya sabéis que á fines del mes, ó á principios de octubre se abre el teatro del Príncipe, de cuya compañía esperan, entendedlo bien, esperan, que yo no espero, maravillas.

Pero lectores, no creais que con esta noticia que, estoy seguro, á muchos como á mí, os habrá estremecido de placer, voy á dejaros; no. En el mundo la completa felicidad no existe; cada gozo tiene un pesar en compensación, y yo que soy generoso voy á daros dos.

Se trata de poner en escena la tragedia de *César*, de Ventura de la Vega; cosa buena, muy buena; no tanto como dicen algunos; pero se han repartido todos los papeles menos uno, para el que no se encuentra actor.

Si faltase el de Bruto, me parece que seria el remedio fácil y que habíamos de encontrarlos tras de cada esquina; pero ¡oh desgracia! el que no se encuentra es un Ciceron.

A esto ha quedado reducida España. ¡La patria de los Marciales, Quintilianos y Sénecas, no tiene un Ciceron ni para un remedio! Y consiste, lectores, en que como en el dia se habla tan poco, la oratoria se ha perdido por falta de usar la lengua.

Aun me consolara de esto, si no nos amenazase otra calamidad mayor y mas inevitable. Acaba el periódico noticiero de asfixiarnos con una novela del vizconde *Ponson du Terrail* en que hay violaciones, amancebamientos, abandonos, falsedades, robos, desafíos, homicidios, y un suicidio en ciernes; y tiene la crueldad de rematarnos con otra del susodicho vizconde *Ponson du Terrail*.

¡Oh Júpiter, para cuando guardas tus rayos!

No, no es esto sufrible: no puede consolarme de tal calamidad, ni la misma presencia de Amadeo, príncipe de Saboya, que hemos tenido la honra de albergar en la corte; ni la buena armonía que reina entre todos los partidos, ni la noticia de que el tomo segundo de la Vida de César, por Napoleon, saldrá el año próximo, ni en fin, la invención de M. Pienkowski, que asegura que las carnes saladas con acetato de sosa, tienen mejor gusto que las curadas con simple sal.

Nada, nada, á llorar, pues, en un rincón hasta otro día, que hoy, en verdad, no me siento con fuerzas para continuar esta revista.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

LEON GALINDO Y DE VERA.

LAS MUJERES SABIAS Ó PROFETISAS

DE LOS GERMANOS.

El conocimiento del porvenir parece haber sido una necesidad de todos los pueblos antiguos. Los griegos, los romanos, los germanos y los celtas, pueblos que todos profesaban el politeísmo se dedicaban á investigar lo futuro con tanto ardor como los hebreos que eran monoteístas. Entre los griegos y los celtas, ambos sexos tomaban parte en este estudio, entre los romanos solo los hombres, y entre los germanos únicamente las mujeres. Es verdad que entre los romanos se presen-

taban á veces profetisas, así como tambien aparecian profetas entre los germanos, pero de todos modos esto era una escepcion que no destruye la regla general. Como quiera que sea el poder de investigar el porvenir, parece haber residido con mas frecuencia en el sexo femenino sobre todo en los países del Norte de Europa.

Los germanos suponian que todas las mujeres estaban dotadas de una facultad mucho mas poderosa que los hombres con respecto al conocimiento de las cosas futuras. Tácito, conforme en esto con César, repite varias veces: todos los germanos son de opinion de que en las mujeres existe algo de profético y de divino, y de aquí por lo tanto la facultad de prever las cosas futuras ó el don de la profecía; pero así como otras fuerzas del hombre, tanto físicas como morales se hallan repartidas en los diferentes individuos en proporciones desiguales, del mismo modo la facultad de presentir las cosas venideras la han poseido en todo tiempo ciertas mujeres en mayor escala que sus hermanas; á estas mujeres mas ricamente dotadas que las demás en cuanto á esto, se las ha llamado mujeres sabias para diferenciarlas honrosamente de las otras.

A estas mujeres cuando se presentaban propicias á los seres humanos se las daba el nombre de *Idisi*, pero cuando se hallaban animadas de malos sentimientos eran llamadas *Házusi*. Los escandinavos llamaban á las primeras *Disir* y á las segundas *Flagd*, pero si querian referirse solo á su don de profecía, las daban el nombre de *Spákonur* ó *Völvur*, *Völvur*. La denominación de *Idisi* ó de *Disir* significa brillante ó resplandeciente, bien en el sentido moral ó bien por la hermosura de su cuerpo. Esta denominación no encierra ninguna idea accesoria de daño porque vemos que el autor del poema antiguo del Salvador llama *idis* á la Virgen María. En cuanto á los nombres de las que aparecian animadas de malos deseos no puede definirse con certeza su significación. *Spákonur* significa meramente profetisa, y *Völvur* y *Völvur* la que escoje.

La misión de estas mujeres sabias como escogidas por los dioses era anunciar á los hombres los deseos ó los avisos de las divinidades que las elegian por ser mas sagradas que los hombres. Por esta razon la mitología alemana no menciona ningun profeta, pero sí muchas profetisas. Sin embargo, la misión de estas mujeres no se limitaba á pronosticar la dicha ó la desdicha, la muerte ó el triunfo en los combates, sino que sabian tambien preparar los acontecimientos que pronosticaban; para poderlo hacer así estaban dotadas de sabiduría y de un poder sobrehumano. Su sabiduría examinaba, su fuerza dirigia y ordenaba el curso de la vida y los cambios de la suerte. Las *Nornas* ó *Parcas* de la Escandinavia presentan un ejemplo evidente de esta creencia. Al nacer un ser humano aparecian pronosticándole y dándole la suerte que habia de tener en su vida. Es decir, que por un lado eran las diosas de la suerte y por el otro se asemejaban á las *Valkyrias* á aquellos seres divinos que cabalgaban por los aires escogiendo los héroes que habian de sucumbir en el combate para ir á habitar el palacio resplandeciente de *Odin*.

Las diosas del destino eran tres para los germanos como para los griegos; para ambos pueblos estos tres seres femeninos y sobrenaturales se hallaban fuera del círculo de los dioses y estos mismos estaban sujetos á sus irrevocables decisiones. Entre los griegos su madre era la necesidad; entre los germanos no se mencionaba á sus padres pero se decia que pertenecian á aquellos poderes primitivos que solo obedecian en parte á los dioses que habian ordenado el mundo. Para los germanos la morada propia de las *Nornas* era el mar debajo de la tercera raíz de aquella encina inmensa que cubria el mundo con sus ramas y que llegaba hasta el punto en donde residian los poderes primitivos representados como gigantes del mismo modo que los *Titanes* de los griegos. El mar en que habitaban las *Nornas* es tambien el manantial de toda existencia, porque todo ha salido del agua. Los nombres de las tres *Nornas* significan el pasado, el presente y el porvenir; la primera de ellas, el pasado, es la mas poderosa; ella es la que forma el hilo de la existencia humana; la segunda, el presente, le retuerce; y la tercera, el porvenir, le corta produciendo la muerte.

Las *Nornas* tambien lo dirigian y ordenaban todo y así se suponía que presidian al nacimiento de los hombres y que les marcaban su suerte que las mujeres sabias estaban encargadas de anunciarles. Bajo este aspecto las mujeres sabias no eran mas que las que servian para comunicar á los seres humanos los decretos irrevocables del destino. Dos de las *Nornas* eran propicias á los hombres, la tercera, la inevitable, era contraria á la humanidad. Se decia que las primeras dirigian el hilo dorado de la existencia del Este al Oeste, al paso que la tercera le echaba hácia el Norte á un punto donde no podría pasar mas allá. Es digno de notarse aquí que los pueblos septentrionales suponían que la morada de los muertos se hallaba situada en las regiones inhospitalarias del polo, que segun la espresion de la gran epopeya de la Finlandia, devoran á los hombres y sepultan á los héroes.

Los romanos para designar la suerte empleaban la palabra *fatum*, es decir, lo que está decretado; el plural *fata*, fue usado despues por los romanos posteriores

como singular femenino y de aquí provino el nombre de *fata*, del que se han formado las diferentes voces de los idiomas del origen romano para significar *fatum*. Así antiguamente se decia en castellano *fada* y en el francés se dice *fee* y en italiano *fata*. Estas hadas aparecian, ya favorables, ya contrarias á los hombres muchas veces se las representaba hilando como las *Parcas*. A todas se las suponía dotadas de una hermosura incomparable, como las mujeres sabias de los germanos. Es indudable que la creencia en las hadas es el resto de las supersticiones célticas. En las hadas se halla con frecuencia el número tres como en las *Parcas* y las *Nornas*, pero el número en realidad mas importante era el siete y el trece. Dos, seis ó doce se mostraban siempre favorables á los hombres, pero la tercera la sexta ó la décima tercera, manifestaba perpetuamente su enemistad. En general los nombres que se daban á cada una de estas hadas parecen de origen céltico, como por ejemplo *Mórgan*, ó mejor dicho *Morguen*, que significa la mujer brillante del mar.

Las mujeres sabias de los germanos tenían diversas ascendientes. Las mas antiguas, las míticas, descendían como las *Nornas*, á cuyo servicio estaban, de los gigantes ó poderes primitivos del mundo. De esta manera vemos en la *Voluspa* que la profetisa dice que se acuerda de los seres primitivos que la criaron antes del principio de los tiempos. Dejando estos seres míticos considerando á las mujeres sabias de una existencia mas real, hallamos las noticias que nos dan de ellas César, Tácito, Estrabon y otros escritores de la antigüedad.

Tácito refiere que en el año 69 de nuestra era, cuando la guerra entre Vitelio y Vespasiano, vivía en el país de los bructerios, en el Lippe, una doncella llamada Velleda que tenia el don de conocer lo futuro, por lo que todo el pueblo la tenia el mayor respeto. Esta doncella vivía en lo profundo de un bosque en una torre elevada; á nadie le estaba permitido llegar hasta ella, y sus parientes servían de mediadores entre ella y los que buscaban su consejo. Es inútil decir que estos consejos se obtenían por ricos presentes. En la guerra que habia en aquella época, Velleda anunció la victoria de los germanos coligados contra las regiones del bajo Rhen y sus profecías fueron exactas. Tácito menciona otra doncella profetisa aun mas antigua, llamada *Aurinia*. Dion Casio cita á la célebre *Ganna*, y los *Anales de Fulda* hablan de *Thiota*, la profetisa de los alemanes, que fué á *Maguncia* en el año 847. Una de las mas notables de la antigüedad es la profetisa que se le presentó á *Druso* cuando se acercó al *Elba*, en el país de los *cheruscos*, prohibiéndole que pasara mas allá y anunciándole su próximo fin. *Lampridio* refiere que cuando *Alejandro Severo* atravesaba la *Galia*, se le presentó una sacerdotisa druida que le gritó: ¡no esperes la victoria, ni te fies de tus soldados! *Pablo Stetten*, en su historia de *Augsburgo*, refiere que cuando *Atila* pasó el *Lech*, una doncella profetisa le gritó por tres veces: ¡atrás *Atila*!

La historia de la Escandinavia nos ofrece numerosos ejemplos de estas mujeres sabias ó profetisas, favorables las unas y contrarias las otras. El paganismo habia echado raíces mas profundas en aquellos países que en Alemania. En ellos se celebraba una gran fiesta con sacrificios, que en Noruega tenia lugar el primer día del duodécimo mes septentrional (lo que correspondía á nuestro 23 de octubre) y en Suecia en el primer día del undécimo mes (nuestro 23 de setiembre). Esta fiesta era el gran sacrificio septentrional del otoño; en ella las mujeres sabias estaban consideradas como diosas. Una de las cosas mas importantes de esta fiesta era la predicción de lo futuro, y muchas veces estas mismas predicciones eran la causa de que se verificasen los acontecimientos que anunciaban; porque el efecto que producian en el ánimo del pueblo, preparaba, por decirlo así, su realización. La historia antigua de los países del Norte nos presenta tambien ejemplos del desprecio con que algunas veces se trataba á estas profetisas, aunque algunas veces se cumplian sus profecías. Una de las mas notables en este concepto es la historia de *Orvar Odd*, á quien una profetisa le anunció que un insecto venenoso que saldría de un caballo y le picaría en el pie le produciría la muerte. *Orvar* mató á su caballo y le enterró en un foso profundo, poniendo encima una multitud de piedras muy pesadas. Pasaron muchos años, y *Orvar* se estableció en un país distante de su patria; pero un negocio urgente le obligó á ir á ella por algun tiempo. La casualidad le llevó al punto en donde habia enterrado á su caballo, y vió que yacía en tierra una cabeza de caballo en esqueleto, ya blanqueada por el tiempo. *Orvar* la tropezó, é inmediatamente salió de ella una víbora que le picó en el pie y le produjo la muerte como le habia anunciado la profetisa.

Como prueba tambien del desprecio con que se trataba á estas mujeres sabias, se puede citar lo que refiere *Jornandes*, de *Filimer*, rey de los godos paganos, el cual hallando entre su pueblo hechiceras ó mujeres sabias de conducta disoluta, las echó á los desiertos; con ellas se unieron allí los hombres salvajes del país, y de su comercio nació el pueblo de los hunos que llevó por todas partes el terror de su nombre. Cuando el Norte de Europa abrazó el cristianismo, las mujeres sabias fueron miradas con un desprecio absoluto, lo que no es de extrañar,

riamente recordaba en mi memoria estos versos:
 Oh! in' insultez jamais une femme qui tombe!
 Qui sait sous quel fardeau la pauvre âme succombe?
 Qui sait combien de jours se fait à combattu? (1).
 Mr. Price hizo algunas preguntas á las pobres men-
 digas, y descubrieron sus cabezas hasta entonces ocul-
 gadas, no bajo la colcha, que no era para esto bastante
 grande, sino entre sus manos. Despues, sentándose
 sobre la cama, juntaron púdicamente sus brazos sobre
 el pecho, y por fin levantaron hácia nosotros los ojos
 llenos de dulzura.
 —¿Cómo os llamis, señoritas? preguntó el inspector
 con esa política reservada que en toda circunstancia
 observan los ingleses con la mujer.
 —Yo Mary: mis compañeras Betzy y Jenny, res-
 pondió la mas despejada de las tres.
 —¿Qué edad teneis?

—Diez y seis y diez y siete años.
 —¿Viven aun vuestros padres?
 —No los hemos conocido nunca.
 —¿Por qué no trabajais?
 —El mes pasado aun teniamos labor; pero desde que
 se ha paralizado la venta, ya no nos dan, aunque he-
 mos buscado trabajo en muchas partes.
 —¿Dónde trabajábais?
 —En un taller de costurera.
 —¿Y ahora qué haceis?
 A esta pregunta siguió un momento de silencio que
 nos hizo mal. Las pobrecillas pedian limosna, buscaban
 entre la bászura de las calles trapos ó alguna cosa se-
 mejante que vender... y á veces que comer; y de no-
 che, por la módica cantidad de 1 penique (3 cuartos y
 medio), venian las tres á este inmundo dormitorio á
 reposar sobre un mal tablado, casi á merced de los la-
 drones y de los vagamundos de la peor especie. Nos

retiramos contristados dejando algunas monedas á
 aquellas infelices que nos dieron gracias con los ojos
 inundados en llanto.
 Estas casucas ruinosas donde los mendigos van á
 pasar las noches, no están bajo la vigilancia de la po-
 licía—*not under our supervision*, me decia el inspec-
 tor Price,—y es tan exagerado el respeto á la libertad
 individual que hay en Inglaterra, que por lo comun
 no penetra en ellas la policía sino con discrecion. En
 semejantes tabucos acontecen muchas cosas dignas de
 compasion, y se nos refirió que en una de ellas un po-
 bre diablo muerto de hambre en medio de un monton
 de trapos donde se habia tendido en el suelo, fue medio
 devorado por las ratas y por los perros.

(Se concluirá.)

J. A. A.



LOS ANDRAJOSOS DE LONDRES.—LAS POBRES ABANDONADAS.

CHALET

DE LOS ESCELENTÍSIMOS SEÑORES DUQUES DE MEDINACELI
 Y DE SANTISTEBAN.

Esta posesion de recreo ha tomado su nombre del
 edificio que forma la habitacion principal, que es un
 gran chalet construido en su mayor parte de madera
 al estilo suizo, por los planos del arquitecto decorador
 del emperador de los franceses Mr. J. Huber.
 Contiene además varios edificios de mampostería
 concertada y cubiertas de pizarra, uno de ellos de no-
 table estension, los cuales están destinados para habi-
 tacion de los empleados y sirvientes, y para las demás
 dependencias de la finca. Estas obras se han ejecutado
 bajo la direccion del inteligente arquitecto español don
 Alejandro Sureda.
 Se halla situada dentro de los estensos montes de
 pinos que los duques poseen en su Estado de las Navas

(1) ¡Ah! ¡no tengais que insultar jamás á la mujer que cae! ¿Quién sabe bajo qué peso ha sucumbido su pobre alma? ¿Quién sabe cuántos días se ha resistido contra el hambre?

del Marqués, y próxima á la estacion de dicho pueblo
 en el ferro-carril del Norte, á dos horas y media de la
 de Madrid.
 Comprende una estension de 6 kilómetros de cir-
 cunferencia, cercada de valla provisional de madera, á
 la cual reemplazará en su dia el seto vivo que se está
 criando de arbustos á propósito para el objeto.
 El sitio es ameno y fértil, sumamente accidentado, y
 tan pintoresco como los mas bellos paisajes de la Suiza.
 En el risco mas elevado se ha construido por el artista
 italiano señor Piccoli el *belvedere* ó mirador que repre-
 senta el grabado que damos en este número, desde el
 cual se descubre un inmenso horizonte.
 Este mirador es de piedra, hierro, madera y plomo,
 pintado con muy buen gusto. Tiene dos escaleras salo-
 mónicas incomunicables, y su altura es de 54 pies cas-
 tellanos. La parte de cerrajería es obra de don Casi-
 miro Gil.
 La posesion se compone de jardines y parque á la
 inglesa, cruzados por calles transitables para carrua-
 jes, y trazadas por medio de curvas combinadas con el

mayor gusto y acierto por el jardinero paisagista fran-
 cés llamado Mr. Masson.
 Allí se ha conservado gran número de pinos, dise-
 minados unos por las praderas de ray-gras inglés, y
 reunidos otros formando bosquecillos. Tambien se han
 traído y aclimatado gran variedad de otros árboles y
 arbustos, y de plantas de flores escogidas.
 El todo se riega con el agua represada de un abun-
 dante arroyo, elevada por una máquina de vapor de
 fuerza de cuarenta caballos á una altura de 84 metros,
 donde están situados los estanques que sirven de depó-
 sitos, y desde ellos se distribuye por medio de cañerías
 de hierro y de plomo con sujecion á los planos del dis-
 tinguido ingeniero español don Luis de la Escosura.
 En resumen, los duques no han omitido gasto alguno
 para trasformar aquel sitio agreste en una posesion que
 reúne á las bellezas de la naturaleza todas las comodi-
 dades y adelantos del arte, y donde puede tomarse la
 tan famosa leche de las Navas, recién ordeñada, dis-
 frutando de aires purísimos y de unas vistas encanta-
 doras.

LA ESTRELLA DE LOS VALLES.

(CONCLUSION.)

X.

EL CEMENTERIO.

Venid aquí, poetas de todos los tiempos, cantores de todos los siglos, músicos de todas edades. Vosotros, que habitais mansiones como ésta, donde la paz domina cual silenciosa y terrible soberana, venid, venid, que aquí descansa la criatura que en vida fue el orgullo de la tierra, que en muerte es el ornamento de los cielos. Venid, venid, vosotros que comprendisteis en vida todo el valor de lo grande y de lo bello, pulsad vuestras liras, entonad vuestras endechas, afinad vuestros instrumentos, y que llenen los aires los acentos mas dulces y armoniosos, que jamás se hayan oído, en honor de la Estrella.

Venid, venid, seres privilegiados, que vivís en la memoria de los que saben también apreciar lo grande y lo bello; recobrad vuestro talento, volved á vuestras sublimes inspiraciones, empuñad vuestros armónicos instrumentos, y haced olvidar las lamentaciones de Jeremías y los dulces y á la vez tristísimos cánticos de David. Con vosotros se obrará un sorprendente milagro, porque vive la Estrella al lado del que los produce.

Venid, venid, genios sublimes: aquí cantareis conmigo la desgracia de la mas hermosa de las vírgenes; aquí llorareis conmigo el desastroso fin de la mas noble y pura de las doncellas.

Venid, venid, nobles espíritus... ¿Por qué os deteneis? ¿Os arredra acaso el espectáculo de tanta desventura? En verdad que los siglos no la conocieron mayor.

Venid, venid, sombras augustas, que tampoco los siglos conocieron una hermosura mas digna de ser llorada. Apresuraos á cantar su desventura, superior á todas las desventuras del mundo.

Venid, venid, y no creais que ha de ser triste todo vuestro trabajo. Despues teneis que llenar el espacio de alegres *hosannas*, que suban presurosos hasta el centro del emperio.

Entonareis también gratas canciones en loor de la nueva vida de la Estrella, que vive magestuosa y esplendente junto al trono del Señor.

Venid, venid, muertos ilustres, vosotros que supisteis con vuestra sublime inspiracion llevar al alma atribulada consoladores emociones, vosotros que supisteis con vuestro genio tornar en alegría la tristeza del corazón mas dolorido, venid y confortad á las almas mas laceradas y abatidas, consolad á los corazones mas entristecidos del mundo.

Inmenso, indefinible es su dolor; pero acaso vuestros cánticos hagan que los padres y los deudos de la Estrella recobren la alegría necesaria para amar los días que cuentan sobre la tierra.

Venid, venid, genios del tiempo pasado, vosotros que sabeis existe una vida mil veces mas apetecible que esta miserable y trabajosa terrenal; cantad las inefables dulzuras de esa vida sin fin, y ensalzad al Señor, que ha llamado á su lado á la Estrella para que las goce en toda su plenitud.

Dichoso es el que desde aquí llega á vislumbrar esa vida de delicias, pero mucho mas dichoso será el que logre despues gozar de ella: esa vida no conoce el dolor.

Alabadla, alabadla, espíritus que fuisteis creadores, y sabeis goza de ella la Estrella; consolad así á sus padres y sus deudos, para que amen los días que cuentan sobre la tierra.

Dolorosa es siempre la separacion para los seres que se aman; pero la madre se consuela de la ausencia del hijo de sus entrañas si sabe que este es feliz alejado de su amor.

No tardeis en venir, genios benéficos, que consolar teneis también á los habitantes de estos valles. Ningun viviente de ellos deja de llorar inconsolable la pérdida de su luminosa Estrella.

Venid, venid, sombras gloriosas: jamás vuestro sublime genio se empleó en un asunto tan interesante como el que le ofrece ahora esta modesta tumba, porque jamás hubo una hermosura tan acabada y noble como la Estrella.

Si el mundo perdió su mas resplandeciente joya, los cielos ganaron su adorno mas precioso.

Dios llevó á la Estrella junto á su trono, y de ello se entristeció la tierra. ¿Pero acaso lo infinitamente perfecto puede pertenecer mucho tiempo á este mundo engañoso?

Venid, venid, genios sublimes; cantad la nueva vida de la criatura mas perfecta que conoció la tierra; llenad los aires de acentos entusiasmadores y dulcísimos en honor de la nueva posicion de la Estrella. Así se animarán sus padres y sus deudos, y la alegría volverá á renacer en estos valles, los mas libres y risueños del mundo.

¿No venis?... ¡ah! ¡torpe es mi invocacion! ¿Por qué no dió Dios á la Estrella un admirador mas sublime y afortunado que yo?

Pero no, no. La Estrella no necesita de particulares

admiradores. ¿Acaso todo lo creado no la admiró con ardor durante su corto viaje sobre la tierra?

¡Ah! Sin duda que vuestras liras están rotas, vuestro genio apagado, vuestros instrumentos destemplados para cantar y tocar la desventura de la Estrella.

Sin duda que no quereis levantar vuestras augustas frentes, horrorizados de la desastrosa muerte que cupo á la hija mas predilecta de la Creacion.

También yo lloro su pasada suerte, también yo lamento su desventura sin igual.

Y entregado á un doloroso recogimiento, fijos los turbios ojos sobre la fria losa que cubre la mas acabada hermosura que produjo el cielo, no puedo menos de murmurar tristemente para mí:

¿Qué es lo que quedó de la Estrella, que alumbraba los valles mas risueños y pintorescos de la tierra?

¡Ah! ¡se apagó! ¡se apagó!

¡No! ¡no! No se apagó; luce ahora con mas brillo que nunca, resplandece ahora con toda la gloria de que la rodeó el Señor.

¡Mirad! ¡mirad! ¿No veis esos dos ángeles que guardan día y noche la sencilla tumba donde fue depositada, cubierta de aromas y engalanada con sus mejores joyas? ¿No veis la brillante columna de fuego, que parte de las hermosas cabezas de los seres celestiales y atravesando el espacio, va á perderse en lo mas elevado del emperio?

¡Mirad! ¡mirad arriba! ¿No veis millones de reflejantes rayos, que salen de un trono de fondo azul, tachonado de rubíes, esmeraldas, rosas y topacios?... Allí, allí está sentada la Estrella, adornada con la blanca vestidura de los justos; allí vive mejor vida al lado del Señor que la que tenia en este mundo de decepciones y miserias, de engaños é iniquidades, de lágrimas y suspiros.

¡Gloria! ¡gloria á la Estrella!

¡Ah!...

¡Valor, valor para su desconsolada familia!

Y... ¡piedad para su incomprensible matador!

EUGENIO GARCÍA RUIZ.

A DIOS.

Tú eres el Dios, el inmortal, el fuerte,
el puro manantial de amor eterno,
el que rompió la espada de la muerte
y encadenó el infierno.

Tú eres el Dios, que entre las altas nubes
tendiste el iris, que fulgente brilla:
tú eres el Dios que adoran los querubenes,
doblando la rodilla.

Tú el que moras en alto santuario,
envuelto en mares de tu luz divina:
tú el que amante moriste en el Calvario
y tronaste en el Sina.

Tú eres el Dios, que desatar supiste
los formidables rayos de tu enojo,
y por sepulcro á los egipcios diste
las aguas del mar Rojo.

Tú eres el Dios, cuya mirada pía
fija está sin cesar sobre su hechura:
el Dios, que por juzgarnos, algun día
bajará del altura.

Tú eres grande, Jehová, Dios de esperanza:
tu vista el sol, el huracan tu aliento,
tu voz el trueno, el rayo tu venganza
y tu emisario el viento.

Tu faz es la sonrisa de los cielos
tu nombre la espresion de lo infinito,
y tu piedad tesoro de consuelos
al pecador contrito.

A una palabra tuya el Oceano
sobre la tierra, hirviendo, se desploma,
y rugen en el hueco de tu mano
los fuegos de Sodoma.

Y á una palabra tuya el sol se ostenta,
la tierra adquiere sus floridas galas,
y el cielo se despeja, y la tormenta
pliega sus negras alas.

¿Quién como tú, Señor? ¿quién tu mirada
sostendrá cuando airada centellea?
tú cien soles sacaste de la nada
con decir: *La luz sea.*

Tú diste á la creacion su inmensa vida,
su luz al cielo, al ponto su bramido,
á las fieras salvajes su guarida
y á las aves su nido.

Y cuando el hombre ante su Dios parece,
formado por su Dios de frágil lodo,
al hombre le dijiste: «Vive y crece,
para ser rey de todo.»

«Tuya es mi creacion: tú la criatura
que para guarda de mi nombre elijo,
porque eres tú mi superior hechura,
mi destello y mi hijo.»

«Mi espíritu te infundo: cuanto cria
la tierra sobre sí son tus tesoros.

Junta tu voz en alabanza mía
á los celestes coros.»

Y oyólo el hombre, y á tus pies rendido,
exhaló en tu poder su bienandanza,
y de sus labios el primer sonido
fue un grito de alabanza.

¡Grito feliz, que, convertido en canto,
repitió la creacion con voz de trueno:
grito, que arranca de los ojos llanto,
al exhalarlo el seno!

¡Grito sublime, á cuyo acento crecen
del mísero mortal las perfecciones;
grito sublime de que no carecen
ni edades, ni naciones!

¡Voz espresiva de placer profundo
de inflexiones ardientes y divinas;
oracion, que, naciendo con el mundo,
morirá en sus ruinas!

¡Eco de gloria puro, é infinito,
que á los siglos los siglos lo repiten:
verbo de amor, que en génesis bendito
los hombres se trasmiten.

Sí, supremo Señor, todos te adoran,
todos te adorarán y te adoraron;
y los vivientes con fervor te imploran,
cual los que ya pasaron.

Los que sienten y ven, cual en un horno,
hervir la arena en su tostado suelo,
y los que ven al sol girar en torno
de sus mares de hielo.

El que entre hermanos sin afán disfruta
del hogar las delicias placenteras,
y el que en los bosques con furor disputa
su racion á las fieras.

Todos, pese á su orgullo ó su fiereza,
te adoran en lo grande y en lo bello,
porque ven en lo bello tu belleza,
y en lo grande tu sello.

Todos te adoran: en los anchos mares,
en los oscuros bosques silenciosos,
ó al pie de los magníficos altares
de templos suntuosos.

Te adoran en el sol, cuando radiante
sacudiendo la roja cabellera,
va vertiendo su luz vivificante
por la tendida esfera.

Y en el mujido del medroso trueno,
y en el fragor del sacudido rayo,
y en el enero de tormentas lleno,
y en el florido mayo.

Porque en todo te ven: te ven el viento
poblando de suavísimos olores,
al esponjar con paternal aliento
el boton de las flores.

Te ven del sol en la gigante llama,
cuando á la cumbre de los cielos sube;
y en el rayo te ven cuando se inflama
en tenebrosa nube.

¡Soberano Señor! yo de rodillas
caigo y adoro tu menor arcano.
Yo admiro las inmensas maravillas,
que produjo tu mano.

Yo te contemplo en la celeste altura,
yo aspiro los perfumes de tu gloria,
y el alma rompe su cadena impura
de terrenal escoria.

¡Perdonadme, si yo, gusano indigno,
gimo en mi cárcel de miseria y lodo!
Tú me mandas que espere, Dios benigno,
y yo lo espero todo!

Todo, todo, Señor: cuanto mi anhelo
ocupe y algo mas en mi carrera:
tu bienestar, tu eternidad, tu cielo,
y mas, si mas hubiera.

Y el velo descorrer de esos arcanos,
que deslumbran al alma con sus nombres;
y á los ángeles ver, que, como á hermanos,
abrazan á los hombres.

FEDERICO VELLE Y CHACON.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

DE FUERA VENDRÁ, QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

(CONTINUACION.)

VI.

A la caída de la tarde siguiente se dirige la familia al Prado, y despues de dar unas cuantas vueltas, se sientan doña Teresa, don Lucas y Lucía cerca de la fuente de las Cuatro Estaciones, punto donde criaturas

to por razon de la nueva doctrina, cuanto porque ya conducta disoluta que habian tenido algunas de ellas abuso que se habia hecho de sus profecias, fue de que muchos paganos las considerasen con desprecio.

Se ha preguntado algunas veces de qué medios se usan estas mujeres para anunciar las cosas futuras; en embargo, la contestacion parece muy sencilla; en algunas, el don de la profecia no era en realidad mas que un presentimiento, por decirlo asi, exagerado; en otras no era mas que anunciar lo que debia suceder en tanto cuya direccion y cuyos resultados dependian de un modo mas ó menos directo de ellas. Otras se servian de las calderas del agua hirviendo y de otros muchos medios que se han empleado aun en tiempos posteriores por los hechiceros y adivinos de todos los paises. Sin embargo, estas hechiceras creian en sus propias profecias. Posteriormente, acaso el comercio con otros pueblos mas civilizados sirvió para destruir en ellas esta creencia; pero aun entonces conservaron la idea de haber impresion en el vulgo, y para ello se rodearon de todo el aparato mas á propósito para imponer terror. Al vez á esta época pertenecen aquellas profecias en las que las profetisas empleaban un lenguaje, que como de los oráculos, se prestaba á varias interpretaciones, y de este modo ponian á cubierto su responsabilidad y la reputacion de profetisas.

A.

LOS ANDRAJOSOS DE LÓNDRES.

VISTAS TOMADAS Á LA LUZ DEL GAS.

III.

Al dia siguiente y hora convenida estábamos en la estacion de policia de Leaman street, donde nos esperaba el inspector Price, con dos agentes vestidos de paisano y uno con el uniforme oficial compuesto de sombrero de hule, casaca negra con botones plateados, pantalon negro, y dentro de la manga el baston sacramental, el *staff*, que caracteriza al *policeman*. Además cada uno de estos señores estaba provisto de una de esas linternas sordas que fácilmente se ocultan; precioso aparato sin el cual nunca anda de noche por Lóndres el constable.

Nosotros éramos cuatro, y unidos á Mr. Price y sus tres agentes, componiamos una ronda de ocho hombres; de forma que cada uno de nosotros tenia dos ojos que velasen por su seguridad, y podiamos marchar tranquilos.

Desfilamos á dos de fondo por la acera silenciosamente; y muy luego, dejando la calle de Leaman, que es ancha y bien alineada (es de observar que en mas de uno de los barrios pobres de Lóndres se encuentran alguna vez grandes arterias dignas de barrios menos miserables) nos engolfamos en un dedalo de callejuelas estrechas y tortuosas. Estos sitios casi desiertos durante el dia están en extremo animados por la noche.

Todas las tiendas estaban alumbradas; y las tabernas atestadas de gente hasta las puertas, ante muchas de las cuales formaban cola los bebedores.

A cada paso tropezábamos con grupos de obreros y marineros cantando ó disputando y medio ébrios. En todas las esquinas habia muchachas rubias y pálidas, cuya belleza igualaba á veces á su juventud; pero pobremente vestidas, con los pies y piernas desnudos, el cabello desordenado y el pecho apenas cubierto, apostrofando á los pasantes con voz enronquecida.

La tranquilidad y el orden que en cierto modo reinaba en todo esto, nos hicieron adivinar que no habia llegado aun la hora de las ignobles saturnales, y que los habitantes de la Lóndres nocturna no hacian mas que empezar.

Para entretenernos hasta el momento oportuno nos llevó Mr. Price en *Grace's alley* al *Príncipe de Dinamarca*, grande establecimiento en forma de teatro. A la entrada fue reconocida la policia y se nos dejó pasar sin billetes. El *Príncipe de Dinamarca* es un café cantante y danzante muy en boga, donde se exhiben tambien perros y monos sabios, y donde los barqueros ejecutan ejercicios de fuerza en el trapecio y en la cuerda tirante; todo lo cual nos divirtió algunos momentos. Los asistentes tomaban grande interés en el espectáculo, y nada observamos allí de extraordinario ni en los trajes ni en los rostros. Positivamente Mr. Price queria proceder por grados.

En efecto, no tardamos en recorrer diversos cafés cantantes, cuyos actores y espectadores eran marineros extranjeros, y desvergonzadas mujeres indígenas. En uno de estos sitios quiso uno de los bailarines mas ágiles darnos una muestra de la giga británica; y era de ver á aquel moceton dar cabriolas sobre el tablado hasta quedar sin aliento. En torno suyo, y sin quitar ojo de sus saltos y trezados, se agrupaban otros camaradas del artista, muchachas vestidas en traje de baile y mujeres de mas edad. (Véase el grabado de nuestro número del 20 de agosto). Tuvimos que esperar hasta el fin y fuimos testigos de los aplausos y felicitaciones.

Después se nos ofreció cerveza y ponche con tanta amabilidad que era fuerza aceptar. Cuando se está entre lobos, como dijo el otro, es fuerza aullar como ellos.

Trincamos, pues, con aquellas señoras que acudieron diligentes á sentarse entre nosotros, sin que sus compañeros mostrasen echarlo á mala parte, y no queriendo ser menos complacientes, llevamos nuestra galanteria hasta pagar el gasto del convite que se nos habia hecho, lo que nos valió el singular honor de ser acompañados hasta la puerta, y gratificados con el epíteto de *gentlemen* por parte de nuestros nuevos conocidos.

Mr. Price que nada queria ocultarnos, nos mostró las casas mas asquerosas de aquellos ignobles barrios; y quedamos sorprendidos encontrando en ellas una tranquilidad y una limpieza desconocidas generalmente en sitios semejantes. Hasta observamos que las miserables criaturas que habia en aquellos tristes chiritillos parecian experimentar el sentimiento propio de su situacion, pues se presentaron á sus inesperados visitantes con rubor en la frente, la cabeza inclinada, respondiendo con embarazo á las preguntas que se las dirigieron.

La policia, velando de continuo paternalmente sobre nosotros, nos condujo desde allí á las *fondas* del barrio. Primero visitamos en *Well close Square* una casa de huéspedes para marineros, y creo escusado decir que los señores huéspedes estaban en aquel momento fuera de casa rindiendo culto á Baco, á pesar de lo avanzado de la hora. No por eso se mostró menos orgulloso el amo de la casa John Seymour al enseñarnos sus habitaciones como un *cicerone* bien educado. «Reparad, nos decia, cuán bien arreglado está todo, y cómo he sabido sacar del local todo el partido posible. En el mar, mis gentes, solo se acuestan en hamacas; pero aquí disfrutan de verdaderos camarotes.» Y nos enseñaba unas como cómodas grandes, á las cuales se hubiese quitado las delanteras de los cajones, donde estaban sobrepuestas las camas de los marineros. «Mirad, mirad, añadía descubriendo varias de ellas, como quien presenta su mercancía, cada una tiene su jergon, su sábana y su cocha. Esto cuesta tres *pence* (unos dos reales) por noche, y cada huésped tiene su número.» Y en hecho de verdad, mister John tenia razon; por semejante precio su casa podia llamarse magnífica.

Habiendo comenzado á visitar dormitorios, Mr. Price, procediendo en nuestra exploracion con el orden que en todo procuran los ingleses, nos condujo á *East London Chambers*, grande establecimiento que, dedicado esclusivamente á dormitorios de obreros, ocupa cinco casas en *Wentworth street*. Su disposicion es verdaderamente notable: en los comedores hay estancias separadas como en los *restaurants* de buen tono, donde cada uno puede comer sin ser visto de nadie. Es cosa sabida que á los ingleses les gusta mucho estar emparedados en ciertos parajes públicos, como caballos en cuadra: el anglo-sajon se acomoda de buen grado al aislamiento, como amigo que es del *yo* sobre todas las cosas.

En todas las piezas habia filas de camas arrimadas á las paredes, y numeradas. En cada piso tenian los huéspedes una especie de tocador; y en los bajos una cocina comun á disposicion de todos los que querian guisarse sus comidas. En la sala comun ardía continuamente un buen fuego en la gran chimenea, y sus paredes estaban llenas de inscripciones recomendando la decencia en obras y palabras, é intimando á los boxadores la orden de ir á practicar en otra parte el pugilato. William Proole, dueño de este establecimiento modelo, nos lo enseñaba con gran satisfaccion suya.

Era ya mas de media noche: las tabernas y las calles se llenaban mas y mas de una turba de gentes de aspecto nada tranquilizador. Algunos tunantes, con quienes tropezábamos al paso, nos examinaban de reojo como calculando el partido que podian sacar de nosotros; pero al punto, reconociendo á la policia, afectaban un aspecto mas desinteresado, y algunos saludaban políticamente á Mr. Price llamándole por su nombre.

En una taberna donde entramos y que por cierto estaba llena de ladrones, *all thieves*, como me dijo el inspector, sitio donde reinaba la mayor animacion y donde podian estudiarse grupos característicos, fue de nuevo reconocido, saludado y obsequiado Mr. Price. Uno de aquellos ladrones se le acercó. Páreceme que aun lo estoy viendo: era un hombre pequeño, flaco, asqueroso, con los cabellos desordenados, barba larga y descuidada, ojos sin cejas, encarnados, de mirada incierta, inyectados de alcohol; el rostro surcado de arrugas, la nariz partida, quizás destruida, como la de Miguel Angel, por el trompis de un boxador, y toda la piel de un color uniforme de pergamino sucio.

—¡Oh, estimadísimo Mr. Price! Al fin os vemos por aquí, dijo al inspector. ¿Cómo va de salud? ¿How do you feel?

Y le cogió la mano con las dos suyas, y hasta lo abrazó.

—¡El bueno de Mr. Price, nuestro querido inspector! ¡Our dear inspector! Esclamó el tunante mostrándole á sus camaradas; y creo que casi estaba tentado á apellidarle el padre de los ladrones, providencia de los *pick-pockets*.

Mr. Price le dejaba hacer sin perder su calma é im-

pasibilidad, manteniéndose siempre digno como conviene á un inglés, sobre todo si es inspector de policia; pero en su semblante parecia leerse este pensamiento:

—Hijo mio, como caigas en una nueva tentacion, verás si te me escapas. Si te pilló con las manos metidas en el bolsillo de otro, sabrás si la policia se deja mover por hipócritas caricias.

Los demás ladrones presentes aunque menos espresivos rodearon todos á Mr. Price, demostrando experimentar hácia él una especie de deferencia y respeto filial: algunos, ya medio ébrios llegaron hasta ofrecerle en el mostrador un vaso de *whisky*. Entre toda aquella gente no habia un solo individuo con el cual no hubieran tenido que ver alguna vez Mr. Price ó sus agentes: todos eran conocidos como hábiles ladrones; pero era necesario para prenderlos pillarlos de nuevo *in fraganti*; y en el entre tanto se les dejaba beber tranquilamente y trabajar en su industria.

Salimos de la taberna llamada de los *pick-pockets*, que deja muy atrás la del *Conejo blanco*, famosa en otro tiempo, en la calle de los Fèves, y altamente celebrada en los *Misterios de Paris*, y nos fuimos á *Flower and Dean street*, es decir, á la calle de la Flor y del Dean. Estos nombres contrastan singularmente con el lugar que íbamos á visitar. Era una casa de huéspedes asquerosa, dedicada principalmente á los vagamundos, á los mendigos, á las mujeres de mas baja esfera, y en fin, á los ladrones: *lodging for tramps, beggars, prostitutes and thieves*, me dijo al oido Mr. Price al coger el aldabon. Un portero viejo de oscilante price nos abrió la puerta. Alguno que otro durmiente habia en las estancias, á quienes no despertaron nuestros pasos. En el ruido fatigoso de su respiracion, en los ronquidos sonoros de uno de ellos, en los movimientos bruscos y convulsivos que interrumpian el sueño de otro, era fácil conocer que aquellos señores estaban durmiendo una *mona* reciente. Aquel era un reposo turbado por ensueños y agitado por los vapores del *gin*, del *brandy* ó del *porter*, licores incendiarios, á que son tan aficionados aquellos groseros britanos.

El mueblaje del establecimiento estaba en armonia con sus habitantes. La escalera era una verdadera trampa; las paredes horriblemente grasientas, y por todas partes se exhalaba un olor malsano, *sui generis*, olor de vestidos viejos y sucios, de botas viejas y rancias, de trapos podridos y de todo lo que puede imaginarse de mas nauseabundo.

Pronto se nos hizo insufrible aquella atmósfera desdichada, y salimos, echando primero una mirada al refectorio, donde amontonados sobre los bancos y tendidos en el suelo, formando grupos semejantes á los *piojosos* de Murillo, dormian una porcion de muchachos infelices casi desnudos.

Estos vagos pequeños, cuyos padres están sin duda *abrigados en la casa grande*, empiezan de esta suerte su vida en el abandono, en la miseria y en la ignorancia. ¡Hombres prometidos al vicio y á las cárceles, dignos hijos de sus padres! ¡Qué es de extrañar que el pauperismo haga cada dia mayores estragos en Lóndres, y que á pesar de tanta institucion con pretensiones de caritativa, la vagancia, la mendicidad, el robo, la degradacion, el asesinato, tengan siempre tan numerosos adeptos en la moderna Babilonia!

Si en la calle de la Flor y del Dean hay posadas tan poco decentes, peores son todavía las de *Lower Keate street*, frecuentadas por los ladrones mas hábiles y peligrosos, *thieve of the most expert class*, segun la calificacion de Mr. Price, que los conocia perfectamente. Allí es donde habitan esos *pick pockets* de reputacion europea, que explotan en toda regla á Lóndres y á la Inglaterra entera, meditando larga y profundamente sus golpes, como verdaderos jugadores de ajedrez; estafadores reunidos en sociedad con sus jefes y sus reglamentos, y que en ocasiones salen por temporada del Reino-Unido, y van á turbar la tranquilidad de las familias con sus audaces empresas á Paris y á Viena.

Corramos un velo sobre estas cuevas de ladrones, que la policia inglesa tolera y aun autoriza, segun dicen, para tender mas fácilmente sus lazos y *ratoneas*, y conduzcamos al lector directamente á *Montagne street*, donde encontraremos una serie de posadas mas decentes en la apariencia. En ellas se alojan los prestidigitadores, los charlatanes, los barqueros, los gitanos, los músicos callejeros y toda la chusma contrabandista que asiste á las ferias, á las carreras, y otras solemnidades públicas.

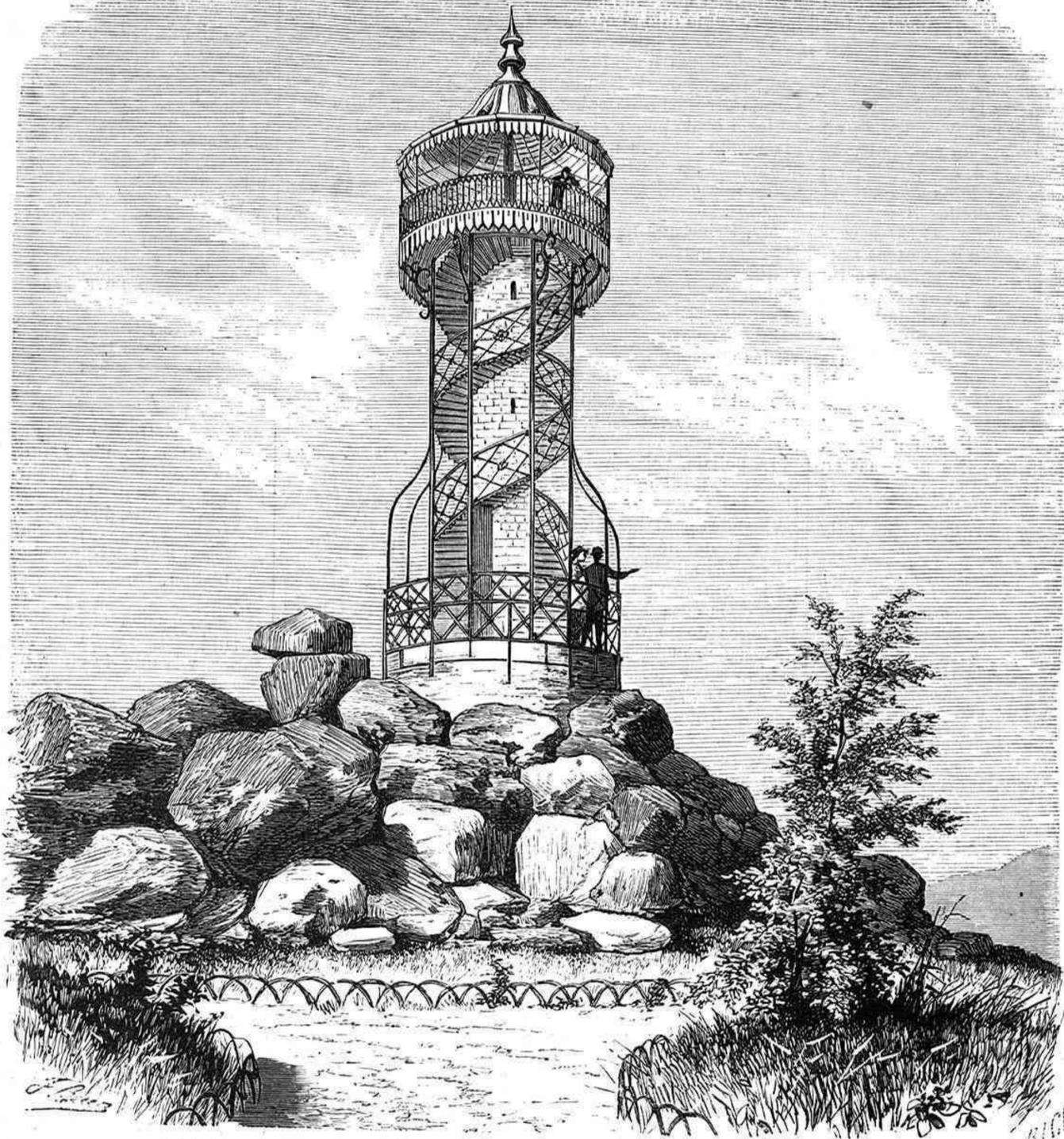
Allí al menos pasamos un rato agradable, y uno de los habitantes de aquel mundo nómade, queriendo darnos una muestra de su habilidad, ejecutó delante de nosotros algunas suertes de naipes, cubiletes y escamoteo que no carecian de mérito. (Véase el grabado). La mas curiosa de ellas consistia en atar con fuerte nudo en la punta de un pañuelo una pieza de un *shilling* (unos 5 reales) que pedia á uno de nosotros, y luego desataba el nudo mostrándonos en lugar de la moneda de plata un *penny* de cobre (como 3 cuartos), que devolvía á su dueño con esa exquisita delicadeza peculiar á los prestidigitadores. Nosotros aceptamos con complacencia esa trasfomacion de metal, que se repitió varias veces en nuestro perjuicio, tan contraria al método de los alquimistas que buscaban el modo de convertir el cobre en plata, y el plomo en oro, los metales *viles* en meta-

les nobles, como se decía en los buenos tiempos de los *sopla-hornillos*.

Continuamos nuestra escursión custodiados siempre por la policía, sin cuya poderosa protección hubiéramos sido positivamente despojados hasta de la camisa... (Perdonen las inglesas que me atreva a pronunciar esa palabra, que en este lugar es de circunstancias).

Tropezando con borrachos que aun marchaban culebreando, con otros que ya dormían en las aceras y el arroyo, y con bribones de mas fuerte temperamento, que discurrían cantando ó hablando por aquellas encrucijadas, llegamos á la mas sucia y abominable de las callejuelas. Por una puerta que estaba abierta entramos en un casuco, cuyas grietas dejaban penetrar el aire libremente. Subimos á favor de nuestras lámparas una escalera detestable: en el primer piso, en un cuarto semejante á una carbonera sin puerta, estaban acostados dos hombres en una cama; dos bandidos que nos lanzaban miradas feroces, gruñendo y maldiciendo de los *french dogs* que turbaban su reposo.

En el segundo piso encontramos la puerta cerrada, y aunque los *polícemen* golpeaban, gritaban y declinaban sus nombres y cualidades para hacerse abrir, se resistieron largo tiempo los habitantes espantados, temerosos de una sorpresa.

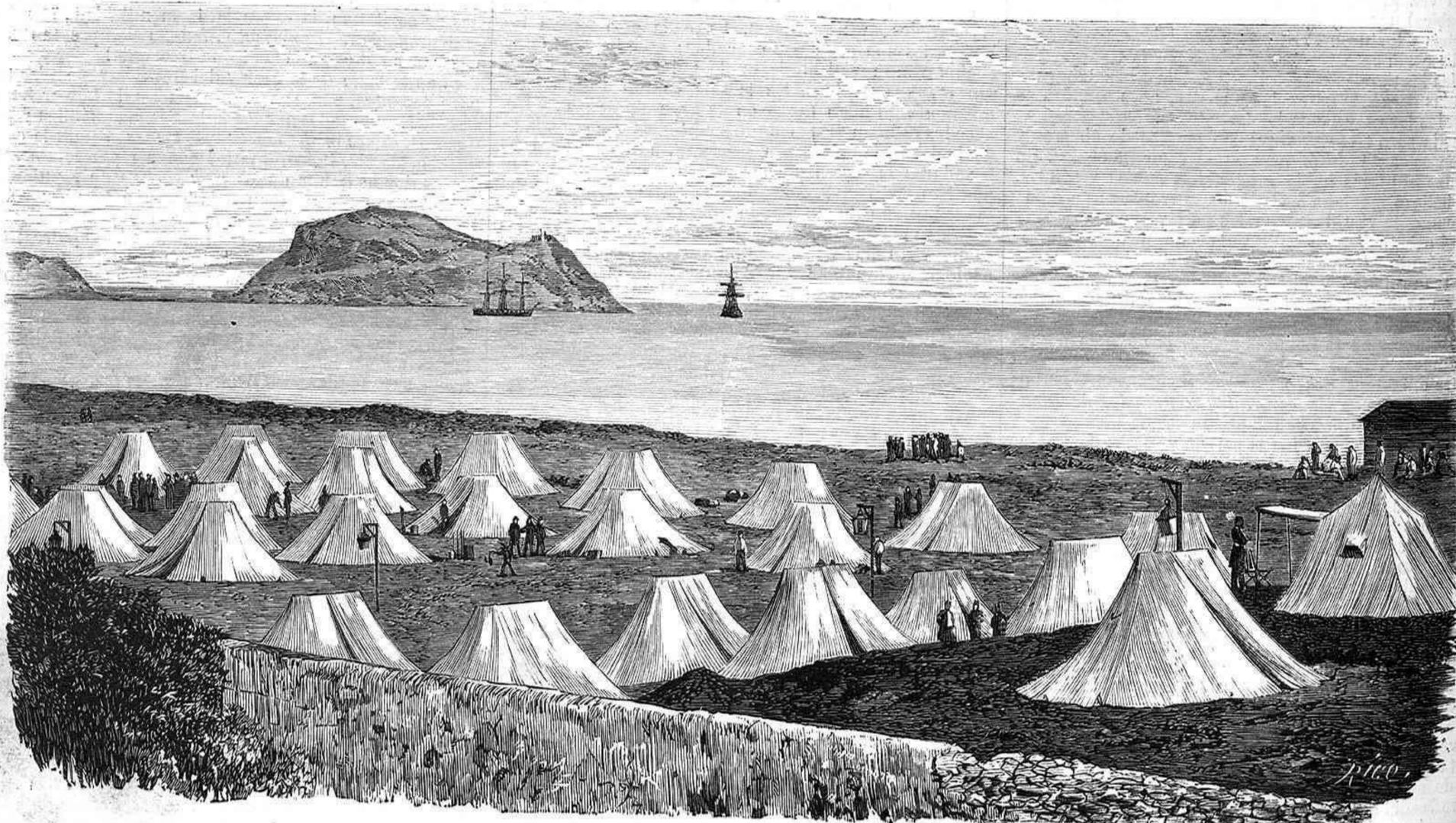


MIRADOR CONSTRUIDO EN EL CHALET DE LOS ESCELENTÍSIMOS DUQUES DE MEDINACELI.

Así estuvimos un rato como suspendidos en uno de los otros, mandando un verdadero cimo humano á lo go de la escalera: y como yo cerraba la manija, estaba temiendo cada momento ver apaleado por uno de los bandidos que quedaban abajo y seguían, renegando de nosotros y nuestro ruido.

Al fin se abre la puerta: los constables sacan todos á la vez sus ternas, y nosotros incómodos por no sé qué incómoda curiosidad inadmisible la estancia... ¡Qué miseria, Dios mío! ¡Es posible que existan criaturas hasta tal punto abandonadas! En las ventanas no había ni cristales, y en su lugar colgaban sucios mantones á guisa de cortinas, que habían debido cubrir innumerables hombros y ventanas, pañuelos de día, cortinas de noche. En la cama, sobre un pobre jergon y bajo una mala colcha, vimos tres mujeres jóvenes apinadas: tres muchachas de unos diez y seis años, pálidas, ya ajadas por la miseria y por el hambre. ¡Cuán horroroso debe ser el invierno para esas desgraciadas criaturas! ¿Cómo pueden sufrir el frío de la noche en la estación de las escarchas? ¡Pobres muchachas que acaso no han visto satisfecha una sola vez el hambre desde el punto en que nacieron!

Examinaba yo sus cabezas rubias que conservaban aun cierto aire de inocencia, é involun-



VISTA DEL CAMPAMENTO EN LA PLAYA DE ZARAUZ.

pocos años en general, pues las hay talluditas, comienzan á jugar y á cantar apenas se encienden los rezos.

Quiere la viuda que su hermano admire la precocidad de Agata en el conocimiento del francés, y hace que forme parte del corro mas próximo á las sillitas que ocupan. Los padres y las madres (aunque no todos, pues honor de la verdad manifestaré que muchos confían á la *vigilancia* constante, como es sabido, de las hijas y niñas, mientras ellos pasean tranquilamente por el salon ó por *Paris*) los padres y las madres, observan enternecidos la naturalidad asombrosa, imponderable maestría con que aquellos ángeles desazonan el francés, persuadidos de que lo hablan con perfección. Porque es de advertir que cuando los niños, como las personas mayores, dan pié á la vanidad, ella toma la mano, y aun llega á dominarlos por completamente. En ciertas familias, esta amable señora sonríe ya á los niños en la cuna.

Admitida en el corro Agata, vuelve á andar la rueda, y varias voces infantiles entonan una canción en francés.

Los ojos de doña Teresa y de Lucía resplandecen de gusto. Don Lucas está que trina; pero lo disimula, y corresponde á las miradas satisfechas que le dirigen su hermana y la sobrina mayor, con otras que espresan igual sentimiento; cuando héte aquí que, acercándose una hermosa niña al corro, estiendo sus manecitas para aumentarlo con su persona, y le pregunta otra ademan de rechazarla con desden:

—¿Sabe usted francés?

—No señora.

—Entonces... no puede usted jugar aquí. ¡Ande la rueda!

Y sigue la rueda.

Quédase un momento inmóvil y triste la niña espulsada; quizá se figure que ha cometido un crimen, pretendiendo alternar con las otras, las cuales, en su inocente opinion, deben ser de distinta naturaleza que ella, y no de carne y hueso. En seguida rompe á llorar, y vuelve á donde está su madre.

—¿Qué tienes, cielo mio? le pregunta ésta.

Cuéntale la niña lo que le ha pasado, y la madre dice en voz alta, para que la oigan bien:

—Deja á esas monas, y véte á otro corro. ¡Mas valiera que, antes de aprender ese ridículo chapurrado, aprendieses educación, que buena falta les hace!

Lo mismo es oír estas palabras don Lucas, dice á su hermana:

—¡Tiene razon: esto indigna, esto subleva, esto no tiene nombre! Llama á la niña, y prohibele que juegue en aquel corro.

Hácelo así, aunque de mala gana, doña Teresa, y el forastero, desahogado de la bilis que le atormentaba, respira libremente.

VII.

Adolfo se halla en San Ildefonso, residencia de la corte á la sazón. Pretende ingresar en el cuerpo diplomático, y al objeto se corre la ceca y la meca lo mismo por Madrid que por la Granja, en busca de patronos. Nadie ignora sus aspiraciones. Para realizarlas, él mismo se ha fijado tres etapas: 1.^a una secretaría; 2.^a una legación; 3.^a una plenipotencia. Ni él desea mas, ni puede contentarse con menos, por la presente. El tiempo y las circunstancias le aconsejarán su conducta venidera.

Ignoro si Adolfo ha tenido tambien de niño, ó de adolescente, maestro de baile; pero la espresión de las piruetas y genuflexiones que hace por antecelas y oficinas, acaso dé á las personas respetadas (no sé si respetables) cuyo favor solicita, una idea excelente de su aptitud para representar al país en el extranjero, con la dignidad, el tino, la sabiduría y la firmeza que, por causa de varios entes parecidos á Adolfo, tan acreditados tienen en toda la redondez de la tierra á nuestro cuerpo diplomático. Si es así, la perspicacia de muchos de nuestros grandes hombres de Estado quedará plenamente confirmada, caso de que ya no lo esté de sobra; pues, en realidad, haya ó no tenido Adolfo maestro de baile, posee ese caudal, no negativo, de esquisita ignorancia, ese barniz de salon, ese charol cortesano que en todo encargado de fomentar, estrechar y consolidar nuestras relaciones internacionales así pare e convenir al calzado como al buen éxito de cualquier asunto, por grave que sea.

Desémosle, pues, cuantas prosperidades apetezca, y vengamos á lo que importa.

Lo primero es verlo en Madrid, y oirlo en casa de su novia, á quien saluda besándola en la frente, á estilo de Francia, despues de ejecutar idéntica operacion con doña Teresa, previo un apretoncito de manos á madre é hija.

Años há, nuestras compatriotas cultivaban la amistad del sexo masculino, pues no todas se criaban para monjas; pero no con la eficacia que hoy, al menos en la forma: la mas heroica (y para eso habia de ser en baile, por ejemplo) apenas se atrevia á tocar las yemas de los dedos del caballero, cuando éste presentaba su mano: en el dia sucede todo lo contrario á ciertas damas; el cultivo se va perfeccionando de tal suerte que, añadiendo á los apretones de manos, los besos del saiu-

do y la *adhesion* de las personas en las *habaneras*, en los *lanceros* y en la *polka íntima*, seria preciso estar ciegos para no adivinar las consecuencias probables, ó sea el fruto, por aquello de que el que siembra coge.

Doña Teresa anuncia á su presunto yerno la llegada de don Lucas, á quien avisa en el acto por medio de la chiquitina, para que vaya á la sala. En seguida pregunta al diplomático en ciernes, viendo en su mano dos libros:

—¿Qué nos trae usted de bueno?

—Dos obras maestras: *Los Miserables* y *La leyenda de los siglos*.

—De Victor Hugo ¿eh?

—Exacto.

—¡No, pues lo que es ese autor no lo rechazará Lucas!

—¿Ha rechazado algun otro?

—A Paul de Kock;—observa Lucía—se empeña en que es inmoral y...

—¡Preocupaciones!

—Lo mismo le he respondido yo, exclama doña Teresa; añadiendo:

—¿Ha trabajado usted mucho en la Granja?

—No señora: los asuntos que me condujeron allá han absorbido todo el tiempo de que podía disponer. No he hecho mas que dar algunos toques á mi novela, corregir... en fin, nada, nada en suma.

—De manera que todavía estará usted en aquello de... ¡cállala! ¿querrá usted creer que no me acuerdo?

—Estaba—observa Lucía—en la descripción de la figura de la jóven italiana, cuando la sorprende Renato acabadita de salir del baño.

—¡Ah! ¡sí!—exclama doña Teresa,—en la descripción de aquella rubia con un lunar en medio de la pantorrilla... El es pintor, me parece, y anda buscando modelos para un...

—Precisamente—concluye Adolfo—anda buscando modelos para pintar *desnudos*. Su amor al arte, que ya raya en frenesí, le ha espuesto á varios lances comprometidos; pues para él no existen obstáculos, y sino, testigo el conde Malatesta (Malatesta viene á significar mala cabeza), que al volver de una cacería, cuando menos pensaba nadie, me lo encuentra agazapadito detrás de las cortinas de la alcoba conyugal.

—Y diga usted, Adolfo ¿suceden realmente esas cosas?

—¡Y tanto como suceden! ¡Ya ve usted... el hervor de las pasiones!

—¡Jesus!

—Por supuesto, que, despues de otras aventuras escandalosas y aun de crímenes que espeluznan, viene el castigo del culpable.

—¡Ya lo creo! ¡Pues no faltaba mas! ¡Y ojalá viniese antes, y no que está una con el alma en un hilo hasta ver en qué para todo!

—¿No conoce usted, señora, que si viniera antes el castigo la obra carecería de interés?

—Es verdad, no me habia ocurrido esa reflexion... Pero aquí tiene usted á mi hermano. ¡Lucas! este caballero es Adolfo.

—Muy señor mio: responde el forastero, entrando en la sala, y procurando ser amable, para mejor ocultar la antipatia que aquel le inspira, sin mas que verlo.

La amabilidad aparente de don Lucas es de buen agüero para su hermana; solo falta, á su juicio, que Adolfo patentice la maravillosa instruccion y los variados talentos que lo adornan, para desterrar del ánimo de don Lucas las preocupaciones que en él se aniden contra el jóven, si es que todavía conserva algunas. ¿Qué pretexto, qué motivo mas natural que las letras?

—Lucas—dice, despues de hablar diez minutos de cosas indiferentes;—¿has leído alguna produccion de Adolfo?

—No he tenido, que yo recuerde, ese placer; respondo el estremeño.

—¡Oh, no sabes lo que es bueno!

—¡Favor de usted! Observa modestamente el diplomático en agraz.

—¿Qué escribe usted ahora? le pregunta don Lucas.

—Una novela; además, tomo apuntes para unos estudios históricos; he principiado un drama... ¡Tiene uno que servir para todo; porque como aquí todo está por hacer! y esto no es de hoy, es de siempre.

—Seguramente: con razon dice Montesquieu, por el *Quijote*, que España no ha producido mas que un buen libro, y es el que se burla de todos los demás, aunque hay quien presume (¡vea usted qué desatinos!) que Montesquieu sabia tanto de nuestra literatura, como todos sus compatriotas.

La viuda se regocija al ver tan de acuerdo á su hermano y al novio de su hija, desde el principio de la conversacion.

—Yo tengo, sin embargo, mi opinion particular sobre el mérito de ese libro; exclama Adolfo intrépidamente: no hay nada mas intrépido que la ignorancia.

—Celebraría que la manifestase usted con franqueza; observa don Lucas.

—Pues francamente, la mayor parte de las aventuras de *don Quijote*, como la de los cueros de vino, el manteamiento de *Sancho Panza*, la batalla con los carneros y ovejas, los molinos de viento, lo del caballo Clavileño, etcetera, me parecen invenciones pueriles. ¡Y luego,

aquellos personajes tan ordinarios que hablan y hacen lo que todo el mundo! ¡Aquella Maritornes, aquella Dulcinea del Toboso, aquellos mozos de mulas, que encuentra uno al volver cualquiera esquina!

—¡No eres tú flojo mulo!—piensa el estremeño.—Cada coz que me plantas, me hace ver las estrellas!—Veo, amigo don Adolfo (continúa, levantando la voz) que nos entendemos. Ensálcenlo cuanto quieran todos los críticos de Europa y del mundo, el *Quijote* no pasa de ser una vulgaridad. No caiga usted en la tentacion de seguir las huellas de Cervantes.

—¿Qué he de caer?... Mis maestros son los autores franceses, y para pagarles el tributo de admiracion que se merecen, no hay capitulo en mi novela que no esté rebosando citas de ellos, y que no vaya precedido de su epigrafe correspondiente, que es la síntesis del testo. Por ejemplo: un capítulo, cuyo principal episodio pasa en el teatro del *Circo*, lleva este epigrafe de La Bruyere: «*Il semble que le roman et la comédie pourroient être aussi utiles qu'ils son nuisibles*». Parece «(sigue Adolfo, traduciendo macarrónicamente el epigrafe) que la novela y la comedia podrian ser tan útiles que ellas son dañosas.» ¡Qué verdad! ¡Qué descubrimiento! ¿eh? Pues otro capítulo, en el que los dos personajes de mas importancia tienen una entrevista en la pradera del Canal, lo encabezo con este verso de Victor Hugo: *Nous errions, elle et moi, dans les monts de Sicília*, el cual significa: «nosotros errábamos ella y yo en los montes de Sicília.»

—¡No lo jures—discurre don Lucas,—herrado y bien herrado andas tú!—Aplaudo esos epígrafes; (añade, levantando la voz, lo mismo que anteriormente) creo, no obstante; (y lo que voy á decir no reza con usted, cuyos talentos desde luego se conocen) que para espresar lo que ellos espresan no habia gran necesidad de pedir á los vecinos lo que tenemos en casa, ni aun tampoco de las tales citas. Eso de que nuestros autores no se atreven ni á sonarse la nariz sin que un autor extranjero les preste pañuelo, me huele un poco á servilismo, cuando no á necia ostentacion de conocimientos lingüísticos que á veces no poseen, ó á celos ó desden de los escritores nacionales. ¿Dejarán el sol y la luna de salir, porque un novelista español pinte esta salida, sin autorizarla con frases de fuera?

—Claro es que no—balbucea Adolfo, viéndose cogido;—pero entonces el tributo de admiracion de que antes hice mérito....

—¡Ah! ¡sí! ¡no me acordaba! interrumpe don Lucas, abrumado bajo el peso de la observacion de su interlocutor.

—¡Además,—prosigue Adolfo—hay en todo lo que escriben los franceses una originalidad, una novedad, una profundidad!... ¡Qué personajes! ¡Qué caracteres! ¡Qué todo! ¡Verdaderamente, inventan diabluras para interesar al lector!... Acabo de devorar *La leyenda de los siglos*, poema capaz de hacer la desesperacion del mas pintado.

—Conozco esa leyenda.

—¡Mire usted que el episodio del cerdo, tiene tres pares de bemoles!

—¡Oh!

—¡Aquel *tete—á—tete*, con Dios nada menos, y aquellas palabras que le dirige! ¿A qué poeta español le hubieran ocurrido?

—A ninguno: y á ocurrírsele, le hubieran apedreado los chicos de la calle ó las críticas de los periódicos.

—Como que aquí nadie posee ese envidiable *savoir-faire* (habilidad para componer) de nuestros vecinos!

—Que son—observa don Lucas, reprimiéndose—los mejores sastres y zurcidores literarios que se conocen. Voy á contaros en resumen—prosigue, dirigiéndose á su hermana y á su sobrina—el célebre episodio del cerdo, para que podais apreciarlo en todo su valor.

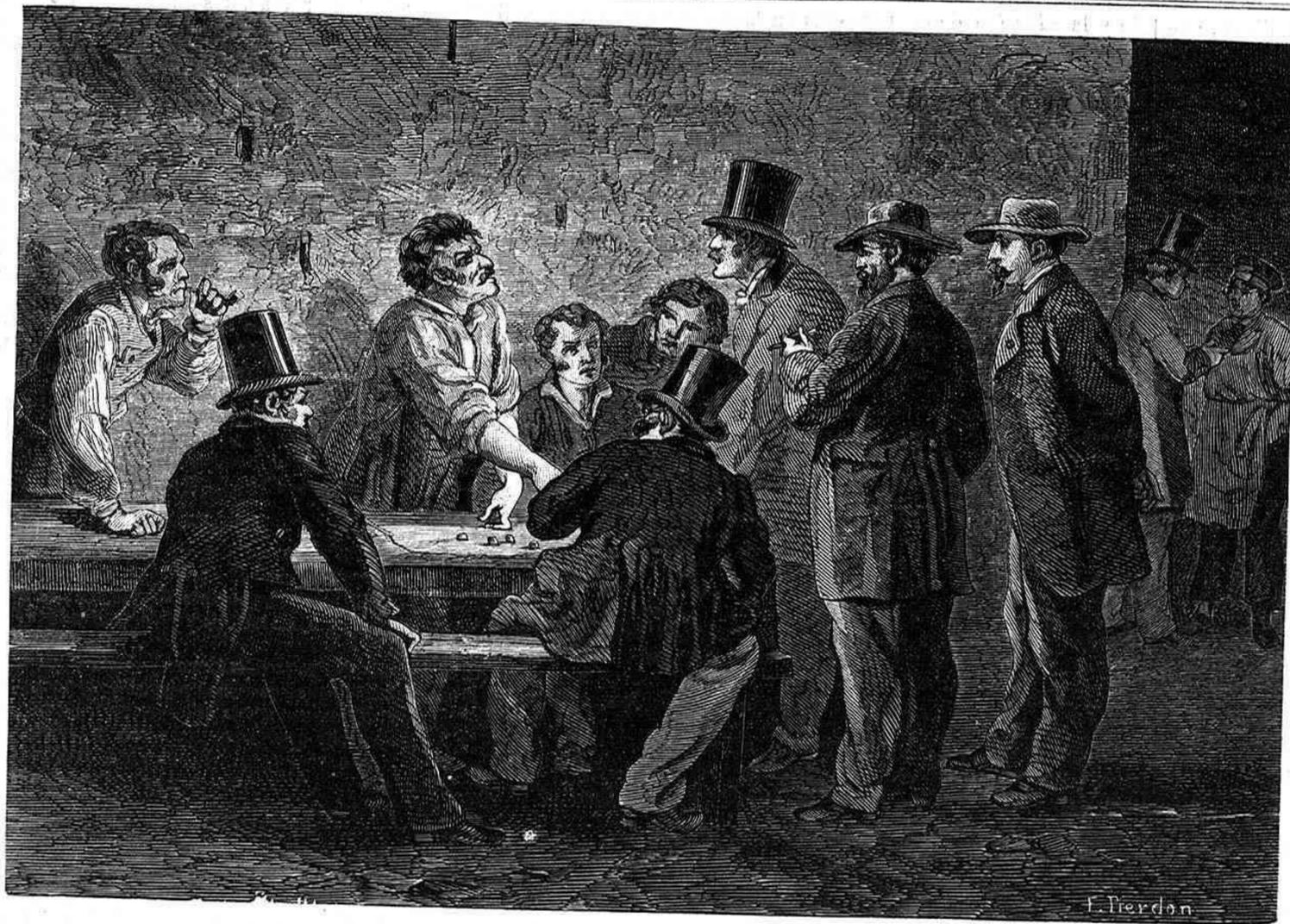
Erase, pues, el sultan Murad, el hombre de mas malas pulgas que de madre ha nacido, tanto que Neron y Atila, comparados con él, parecerian unos angelitos. Su vida fue una serie interminable é inaudita de asesinatos, robos, saqueos, incendios, profanaciones, sacrilegios, livianas torpezas y otras barbaridades que los tigres mismos no serian capaces de soñar siquiera. Con decir que mandó ahorcar á sus ocho hermanos, y que para entretenerse mató, disparándole una flecha, á su propio hijo, á quien habia elegido por blanco, está dicho todo. Victor Hugo lo pinta, con una frase feliz:

Murad era el segador, y la tierra el prado.

Ya veis que la alhaja no tenia precio. Ahora bien: pasando á pié cierto dia por una calle, vió en el suelo un cerdo, recién degollado, sobre cuya herida caian los rayos del sol, chupando sus bordes una infinidad de moscas. El cerdo no podia moverse, ni por consiguierte, librarse de la molestia que unos y otras le causaban, y los transeuntes huian de tan asqueroso espectáculo, hasta que, por último, quedaron solos el sultan y él. Entonces el primero empuja con el pié al segundo, logrando así colocarlo en la sombra, y con su gesto, naturalmente feroz, espanta á las moscas. El animal dirige una mirada de gratitud al hombre, y espira. ¿No fue así, Adolfo?

—Sí señor.

—Apúnteme usted, si me equivoco. En el mismo dia se oyó desde el cielo el clamor de todas las víctimas de



LOS ANDRAJOSOS DE LÓNDRES.—EL ESCAMOTEADOR.

Murad, pidiendo justicia á Dios; pero de repente sale de la sombra un cerdo, demandando perdon para el sultan por haberse compadecido de él. No parece que las víctimas debian mostrarse tan sañudas, y menos gozando ya de la gloria, y mucho menos enseñándoles el cerdo, por si lo tenían olvidado, el camino de la compasion; pero, en fin, estas son menudencias. Las pretensiones del cerdo eran un poco fuertes, en verdad; sin embargo, héte aquí que aparece una enorme balanza, con el mundo en uno de sus platillos y en otro el susodicho animal, y que contra lo que era de esperar se inclinó la balanza del lado del último, cosa extraordinaria aun cuando éste hubiese tenido el volúmen de los que se rifan en la Puerta del Sol y en la plazuela de la Cebada. En la noche de aquel día murió el sultan: ¿creéis, por ventura, que cayó en las garras del famoso Pedro Botero?...

Todo lo contrario; se fué derechito al cielo (que bien ganado se lo tenía), oyendo allí, entre otras muchas cosas, que para salvarse un hombre, aunque sea el mas atroz, basta el beneficio mas leve hecho al ser mas infimo; que un solo instante de amor abre nuevamente el Eden, y que un cerdo amparado pesa tanto como un mundo oprimido.

Al terminar su relato, pregunta el estremeño á las señoras.

—¿Qué tal? ¿Qué os parece el episodio?
 La madre y la hija, antes de responderle, consultan con una mirada la opinion de Adolfo; la cual, siendo favorable, les obliga á decir sucesivamente, primero á doña Teresa y despues á Lucía:
 —¡Admirable!
 —¡Soberbio!

deduce, hay abismos de distancia. Por Dios, Adolfo no tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos; no llevemos nuestro entusiasmo por los extranjeros hasta el absurdo de divinizar monstruosidades.

(Se continuará.)

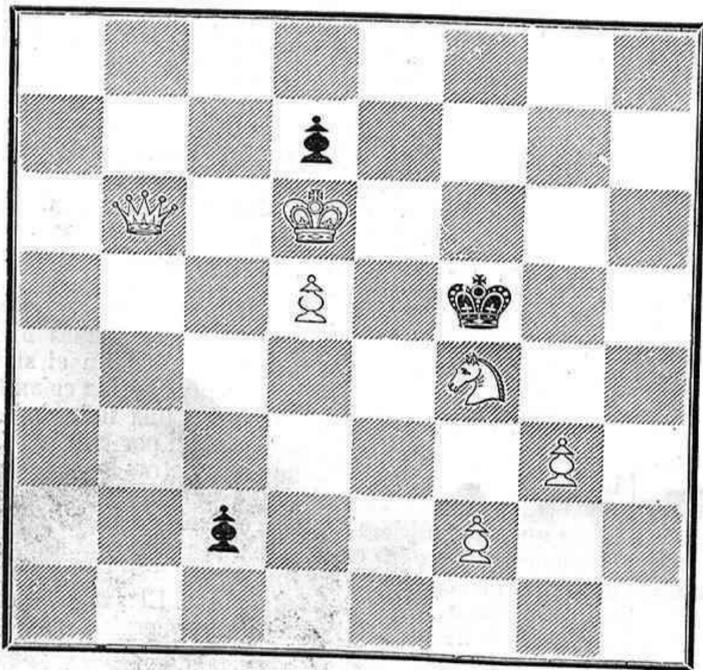
VENTURA RUIZ AGUILERA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 31.

COMPUESTO POR D. V. LOPEZ NAVALON.

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚMERO 28.

- | | |
|--|---|
| <p>Bancos.</p> <p>1. P 4 C D
 2. D t T
 3. D t T
 4. D c T ó 4 A D Mate.</p> <p>3. C t A jaq.
 4. D c C R Mate.</p> <p>3. C 5 A R jaq.
 4. D 4 A D ó c C R Mate.</p> <p>3. C 5 A R Mate.</p> <p>2. D 4 T D
 3. C t P jaq.
 4. T 5 D ó D t T Mate.</p> <p>3. D t T jaq.
 4. D 4 A D Mate.</p> <p>3. D t T jaq.
 4. D t A Mate.</p> <p>3. C 3 C D Mate.</p> <p>2. D 6 A D
 3. D t T jaq.
 4. A t P Mate.</p> <p>3. C t P ó D 3 A D Mate.</p> <p>2. T t C jaq.
 3. C 3 C D jaq.
 4. P 3 A R t A Mate.</p> | <p>Negros.</p> <p>1. T t C (A) (B) (C)
 2. T 7 T D jaq. (1) (2) (3)
 3. A 3 R ó A t P</p> <p>(1)
 2. T 4 A D
 3. D t C</p> <p>(2)
 2. A 5 R
 3. D ó A t C</p> <p>(3)
 2. D t D</p> <p>(A)
 1. T t P
 2. R 4 A D (4) (5) (6)
 3. C t C ó R 5 D</p> <p>(4)
 2. A t P
 3. R 4 D</p> <p>(5)
 2. A 3 R
 3. A 5 A D</p> <p>(6)
 2. T t D</p> <p>(B)
 1. A 5 R
 2. T 4 A D (7)
 3. P t D</p> <p>(7)
 2. P t D ó T t P</p> <p>(C)
 1. A t P
 2. P t T
 3. R 4 D</p> |
|--|---|

En el número siguiente publicaremos los nombres de los suscritores que nos han remitido la solución.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Hasta las mismas fieras afemina amor.



La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
 IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.